



LECTIO DIVINA

XXIV Semana del tiempo ordinario
Del 15 al 21 de septiembre de 2024



«¿Quién es para tí Jesús?»

Oración introductoria

Señor enséñame a juzgar y ver como Tú juzgas y ves.

Petición

Jesús, concédeme que Tú seas mi compañero, mi amigo, mi grande y único amor.

Lectura del libro de Isaías (Is. 50, 5-9ª)

El Señor me abrió el oído; yo no resistí ni me eché atrás. Ofrecí la espalda a los que me apaleaban, las mejillas a los que mesaban mi barba; no escondí el rostro ante ultrajes y salivazos. El Señor Dios me ayuda, por eso no sentía los ultrajes; por eso endurecí el rostro como pedernal, sabiendo que no quedaría defraudado. Mi defensor está cerca, ¿quién pleiteará contra mí? Comparezcamos juntos, ¿quién me acusará? Que se me acerque. Mirad, el Señor Dios me ayuda, ¿quién me condenará?

Salmo (Sal 114, 1-2. 3-4. 5-6. 8-9)

Caminaré en presencia del Señor en el país de la vida.

Amo al Señor, porque escucha mi voz suplicante, porque inclina su oído hacia mí el día que lo invoco. R.

Me envolvían redes de muerte, me alcanzaron los lazos del abismo, caí en tristeza y angustia. Invoqué el nombre del Señor: «Señor, salva mi vida». R.

El Señor es benigno y justo, nuestro Dios es compasivo; el Señor guarda a los sencillos: estando yo sin fuerzas, me salvó. R.

Arrancó mi alma de la muerte, mis ojos de las lágrimas, mis pies de la caída. Caminaré en presencia del Señor en el país de los vivos. R.

Lectura de la carta del apóstol Santiago (Sant. 2, 14-18)

¿De qué le sirve a uno, hermanos míos, decir que tiene fe, si no tiene obras? ¿Podrá acaso salvarlo esa fe? Si un hermano o una hermana andan desnudos y faltos del alimento diario y que uno de vosotros les dice: «Id en paz; abrigaos y saciaos», pero no les da lo necesario para el cuerpo; ¿de qué sirve? Así es también la fe: si no tiene obras, está muerta por dentro. Pero alguno dirá: «Tú tienes fe y yo tengo obras, muéstrame esa fe tuya sin las obras, y yo con mis obras te mostraré la fe».

Lectura del santo Evangelio según san Marcos (Mc. 8, 27-35)

En aquel tiempo, Jesús y sus discípulos se dirigieron a las aldeas de Cesarea de Filipo; por el camino, preguntó a sus discípulos: «¿Quién dice la gente que soy yo?» Ellos le contestaron: «Unos, Juan Bautista; otros, Elías; y otros, uno de los profetas». Él les preguntó: «Y vosotros, ¿quién decís que soy?» Pedro le contestó: «Tú eres el Mesías.» Y les conminó a que no hablaran a nadie acerca de esto. Y empezó a instruirlos: «El Hijo del hombre tiene que padecer mucho, ser reprobado por los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, ser ejecutado y resucitar a los tres días». Se lo explicaba con toda claridad. Entonces Pedro se lo llevó aparte y se puso a increparlo. Pero él se volvió y,

mirando a los discípulos, increpó a Pedro: «¡Ponte detrás de mí, Satanás! ¡Tú piensas como los hombres, no como Dios!». Y llamando a la gente y a sus discípulos, y les dijo: «Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga. Porque, quien quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mí y por el Evangelio la salvará. Pues ¿de qué le sirve a un hombre ganar el mundo entero y perder su alma».

Releemos el evangelio

San Cesáreo de Arlés (470-543)

monje y obispo

Sermón 159, 1, 4-6; CCL 104, 650

«Que me siga»

Cuando el Señor nos dice en el Evangelio: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo», nos parece que nos manda una cosa difícil y consideramos que nos impone un yugo pesado. Pero, si el que nos manda es el mismo que nos ayuda a cumplir su mandato, eso ya no es difícil...

¿Adónde debemos seguir a Cristo sino allá donde Él se ha ido? Ahora bien, sabemos que Él ha resucitado y ha subido al cielo: es allí donde debemos seguirle. Es necesario, ciertamente, que no nos dejemos invadir por la desesperación, porque, si bien es cierto que no podemos nada por nosotros mismos, tenemos la promesa de Cristo. El cielo estaba muy lejos de nosotros antes que nuestra Cabeza subiera hasta él. En adelante, si somos los miembros de esta Cabeza (Col 1,18) ¿por qué desesperar de poder llegar al cielo? Si es cierto que en esta tierra estamos agobiados por tantas inquietudes y sufrimientos, sigamos a Cristo en quien encontramos la felicidad perfecta, la paz suprema y la tranquilidad eterna.

Más, el hombre que desea seguir a Cristo escuchará estas palabras del apóstol Juan: «Quien declara permanecer en Cristo debe él mismo seguir el mismo camino que Jesús ha seguido» (1Jn 2,6). ¿Quieres seguir a Cristo? Sé humilde tal como Él lo ha sido. ¿Quieres unirte a Él en las alturas? No menosprecies su humillación bajándose hasta nosotros.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Si no aceptamos el camino de Jesús, el camino de la humillación que Él ha elegido para la redención, no solo no somos cristianos, sino que mereceremos lo que Jesús dijo a Pedro: “¡Aléjate de mí, Satanás! Y esto nosotros, solos, no podemos hacerlo. En la versión de Mateo, Jesús le dice a Pedro: “Esto no viene de ti. El Padre te lo ha revelado”. Sólo podemos confesar a Jesús con el poder de Dios, con el poder del Espíritu Santo. Nadie puede decir que Jesús es el Señor y confesarlo sin el Espíritu Santo, dice Pablo. No podemos confesar a Jesús sin el Espíritu.

Por lo tanto, la comunidad cristiana debe buscar siempre el poder del Espíritu Santo para confesar a Jesús, para decir que es Dios, que es el Hijo de Dios. Confesar a Jesús significa aceptar el camino que el Padre eligió para Él: la humillación. Pablo, escribiendo a los filipenses, [dice]: “Dios envió a su Hijo, quien se anonadó a sí mismo, se hizo siervo, se humilló a sí mismo, hasta la muerte, muerte de cruz”. Si no aceptamos el camino de Jesús, el camino de la humillación que Él eligió para la redención, no sólo no somos cristianos, sino que merecemos lo que Jesús le dijo a Pedro: “¡Aléjate de mí, Satanás!». *(Homilía de S.S. Francisco, 20 de febrero de 2020).*

Meditación

“Porque tú no juzgas según Dios, sino según los hombres”. San Pedro nuestro primer Papa, en esta ocasión quiere que Jesús abandone el camino de la voluntad de Dios. Jesús se está preparando para Su sacrificio, y por lo que escucha Pedro juzga según los hombres y quiso disuadir a Jesús. Nosotros vemos una cosa, pero Dios ve otra. ¿Cómo podemos ver cómo Dios? Estamos tan metidos en cómo funcionan las cosas del mundo y vivimos de tal manera que humanamente parece lo correcto o lo lógico. Pero luego resulta que no es la lógica de Dios.

Un ejemplo sencillo es el sacrificio y el sufrimiento. A la lógica del mundo todo se trata de evitar el sacrificio y el sufrimiento para poder vivir más cómodo y mejor. A la lógica de Dios el sacrificio y el sufrimiento, sublimado por amor a Cristo, es de valor precioso. Dios se vale del sacrificio y sufrimiento de un alma para ayudar a otras, para bajar las gracias y bendiciones que otras personas necesitan. El sufrimiento y sacrificio disminuye la influencia de las pasiones desordenadas y aumenta la influencia del Espíritu Santo en el alma. El sacrificio y el sufrimiento ofrecido por amor a Cristo te asemejan y configura con Cristo.

Mientras más en contacto estemos con Jesús, que no lo podemos ver con los ojos del cuerpo, pero si con los ojos de la fe, más aprenderemos a ver y juzgar como Él. Amar es conocer cómo piensa la persona amada, amar es saber qué quiere la persona amada, es querer tener los mismos sentimientos que la persona amada. Este es, sin duda, uno de los caminos más eficaces para crecer en mi relación con Jesús.

Oración final

Señor Jesús, te damos gracia por tu Palabra que nos ha hecho ver mejor la voluntad del Padre. Haz que tu Espíritu ilumine nuestras acciones y nos comunique la fuerza para seguir lo que Tu Palabra nos ha hecho ver. Haz que nosotros como María, tu Madre, podamos no sólo escuchar, sino también poner en práctica la Palabra.

LUNES, 16 DE SEPTIEMBRE DE 2024
SANTOS CORNELIO PAPA, Y CIPRIANO, OBISPO, MÁRTIRES (MO)
Una fe tan grande

Oración introductoria

Dame una fe grande, Señor, que sea capaz de arrancar de tu Corazón las gracias necesarias para amarte cada día más.

Petición

Señor, aumenta mi fe.

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios (1 Cor. 11, 17-26. 33)

Hermanos: Al prescribiros esto, no puedo alabaros, porque vuestras reuniones causan más daño que provecho. En primer lugar, he oído que cuando se reúne vuestra asamblea hay divisiones entre vosotros; y en parte lo creo; realmente tiene que haber escisiones entre vosotros para que se vea quiénes resisten a la prueba. Así, cuando os reunís en comunidad, eso no es comer la Cena del Señor, pues cada uno se adelanta a comer su propia cena y, mientras uno pasa hambre, el otro

está borracho. ¿No tenéis casas donde comer y beber? ¿O tenéis en tan poco a la Iglesia de Dios que humilláis a los que no tienen? ¿Qué queréis que os diga? ¿Que os alabe? En esto no os alabo. Porque yo he recibido una tradición, que procede del Señor y que a mi vez os he transmitido: que el Señor Jesús, en la noche en que iba a ser entregado, tomó pan y, pronunciando la Acción de Gracias, lo partió y dijo: «Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía». Lo mismo hizo con el cáliz, después de cenar, diciendo: «Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre; haced esto cada vez que lo bebáis, en memoria mía». Por eso, cada vez que coméis de este pan y bebéis del cáliz, proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva. Por ello, hermanos míos, cuando os reunís para comer, esperaos unos a otros.

Salmo (Sal 39, 7-8a. 8b-9. 10-11ab. 17)

Proclamad la muerte del Señor, hasta que vuelva.

Tú no quieres sacrificios ni ofrendas, y, en cambio, me abriste el oído; no pides holocaustos ni sacrificios expiatorios, entonces yo digo: «Aquí estoy». R.

«-Como está escrito en mi libro- para hacer tu voluntad Dios mío, lo quiero, y llevo tu ley en las entrañas». R.

He proclamado tu justicia ante la gran asamblea; no he cerrado los labios: Señor, tú lo sabes. R.

Alégrense y gocen contigo todos los que te buscan; digan siempre: «Grande es el Señor», los que desean tu salvación. R.

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc. 7, 1-10)

En aquel tiempo, cuando Jesús terminó de exponer todas sus enseñanzas al pueblo, entró en Cafarnaún. Un centurión tenía enfermo, a punto de morir, a un criado a quien estimaba mucho. Al oír hablar de Jesús, el centurión le envió unos ancianos de los judíos, rogándole que viniese a curar a su criado. Ellos, presentándose a Jesús, le rogaban encarecidamente: «Merece que se lo concedas, porque tiene afecto a nuestra gente y nos ha construido la sinagoga». Jesús se puso en camino con ellos. No estaba lejos de la casa, cuando el centurión le envió unos amigos a decirle: «Señor, no te molestes; porque no soy digno de que entres bajo mi techo; por eso tampoco me creí digno de venir a ti personalmente. Dilo de palabra, y mi criado quedará sano. Porque también yo soy un hombre sometido a una autoridad y con soldados a mis órdenes; y le digo a uno: “Ve”, y va; al otro: “Ven”, y viene; y a mi criado: “Haz esto”, y lo hace». Al oír esto, Jesús se admiró de él y, volviéndose a la gente que lo seguía, dijo: «Os digo que ni en Israel he encontrado tanta fe». Y al volver a casa, los enviados encontraron al siervo sano.

Releemos el evangelio

San Agustín (354-430)

obispo de Hipona (África del Norte), doctor de la Iglesia

Sermón 62

«Señor, yo no soy digno»

En la lectura del evangelio que acabamos de escuchar vemos cómo Jesús alaba nuestra fe juntamente con la humildad. Cuando ha prometido ir a curar al criado del centurión, éste ha contestado: «Señor, no te molestes; yo no soy quién para que entres bajo mi techo; dilo de palabra y mi criado quedará sano». Reconociéndose indigno,

se muestra no sólo digno de que Cristo entre en su casa, sino también en su corazón...

Porque no habría sido ninguna dicha si el Señor hubiera entrado en su casa y no hubiera entrado también en su corazón. En efecto, Cristo, Maestro en humildad por su ejemplo y sus palabras, se sentó a la mesa en casa de un fariseo orgulloso, llamado Simón (Lc 7,36s). Pero por mucho que estuviera en su mesa, no estaba en su corazón: allí «el Hijo del Hombre no tuvo donde reclinar su cabeza» (Lc 9,58). Aquí, ocurre lo contrario: no entra en la casa del centurión, pero posee su corazón...

Es pues la fe unida a la humildad lo que el Señor alaba en el centurión. Cuando éste dice: «Señor, no te molestes; yo no soy quién para que entres bajo mi techo», el Señor responde: «Os digo que ni en Israel he encontrado tanta fe» ... El Señor vino primero, según la carne, al pueblo de Israel para buscar primero en ese pueblo su oveja perdida (cf Lc 15,4) ... Los demás, en tanto que hombres, no podemos conocer la medida de la fe de los hombres. Sólo él que ve el fondo del corazón, él a quien nadie engaña, que ha conocido lo que era el corazón de ese hombre al escuchar su palabra llena de humildad, y, a cambio, le dio una palabra que cura.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Un paso que se propone también a la fe de los cristianos. Cada uno de nosotros, de hecho, puede tener fe en Cristo, Hijo de Dios, enviado por el Padre para salvarnos: sí, salvarnos de la enfermedad, el Señor ha hecho y nos ayuda a hacer muchas cosas buenas; pero sobre todo hay que tener fe en que Él ha venido para salvarnos de nuestros pecados, salvarnos y llevarnos al Padre. Esto es el punto más difícil de entender. Y no sólo los escribas eran quienes decían: “¡Esto es blasfemia! Sólo Dios puede perdonar los pecados”. Algunos

discípulos, de hecho, dudaron y se marcharon cuando Jesús se presentó con una misión más grande que la de un hombre, para dar el perdón, para dar la vida, para recrear la humanidad. Tanto que el mismo Jesús tuvo que preguntar a su círculo más cercano: “¿También vosotros queréis marcharos?”». *(Homilía de S.S. Francisco, 15 de enero de 2016).*

Meditación

Nuestro Señor se sorprende mucho al ver una fe tan grande. Ve en un hombre lo que Dios es capaz de hacer, pues, siendo él un oficial romano, se abre con humildad a la gracia. Se reconoce insuficiente, necesitado y sabe acudir a quien puede ayudarle. Jesús no había encontrado una fe tan grande en todo Israel. De hecho, esta gran fe viene de un hombre que ni siquiera era parte del Pueblo escogido.

Si Jesús llegara hoy a mi corazón, ¿se sorprendería de mi fe? Nos podríamos asustar al pensar en una posible respuesta. Muchas veces no somos el justo juez de nuestra causa, pero Jesús sabe juzgar con justicia y con misericordia. Lo que sí vemos en este Evangelio es que el centurión no se queda eternamente pensando si su fe es suficiente para pedir un milagro. El simplemente va a Jesús y confía plenamente en Él. Así nosotros, acudamos a Él sabiendo que Él valora lo que hacemos y nos escucha cuando le pedimos algo que necesitamos.

Oración final

Para mis pies antorcha es tu palabra, Señor!
¿Cómo puede un joven su camino?
En cuanto a tu palabra. Con todo mi corazón
yo te busco: no dejes que me apartan de tus mandatos.

Oración introductoria

Jesús, fuente de vida y de amor, haz que en cada momento de este día sea un auténtico testigo de tu amor y servicio a los demás. Que ese testimonio anime a otras personas a vivir el amor.

Petición

Señor, quiero ser todo para Ti, concédeme olvidarme de mis preocupaciones para poder escucharte.

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios (1 Cor. 12,12-14. 27-31^a)

Hermanos: Lo mismo que el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, a pesar de ser muchos, son un solo cuerpo, así es también Cristo. Pues todos nosotros, judíos y griegos, esclavos y libres, hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu. Pues el cuerpo no lo forma un solo miembro, sino muchos. Pues bien, vosotros sois el cuerpo de Cristo, y cada uno es un miembro. Pues en la Iglesia Dios puso en el primer lugar a los apóstoles; en el segundo lugar, a los profetas; en el tercero, a los maestros; después, los milagros; después el carisma de curaciones, la beneficencia, el gobierno, la diversidad de lenguas. ¿Acaso son todos apóstoles? ¿O todos son profetas? ¿O todos maestros? ¿O hacen todos milagros? ¿Tienen todos don para curar? ¿Hablan todos en lenguas o todos las interpretan? Ambicionad los carismas mayores.

Salmo (Sal 99, 2. 3. 4. 5)

Nosotros somos su pueblo y ovejas de su rebaño.

Aclama al Señor, tierra entera, servid al Señor con alegría, entrad en su presencia con vítores. R.

Sabed que el Señor es Dios: que él nos hizo y somos suyos, su pueblo y ovejas de su rebaño. R.

Entrad por sus puertas con acción de gracias, por sus atrios con himnos, dándole gracias y bendiciendo su nombre. R.

El Señor es bueno, su misericordia es eterna, su fidelidad por todas las edades. R.

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc. 7, 11-17)

En aquel tiempo, iba Jesús camino de una ciudad llamada Naín, y caminaban con él sus discípulos y mucho gentío. Cuando se acercaba a la puerta de la ciudad, resultó que sacaban a enterrar a un muerto, hijo único de su madre, que era viuda; y un gentío considerable de la ciudad la acompañaba. Al verla el Señor, se compadeció de ella y le dijo: «No llores». Y acercándose al ataúd, lo tocó (los que lo llevaban se pararon) y dijo: «¡Muchacho, a ti te lo digo, levántate!». El muerto se incorporó y empezó a hablar, y se lo entregó a su madre. Todos, sobrecogidos de temor, daban gloria a Dios, diciendo: «Un gran Profeta ha surgido entre nosotros», y «Dios ha visitado a su pueblo.» Este hecho se divulgó por toda Judea y por toda la comarca circundante.

Releemos el evangelio

San Gregorio Magno (c. 540-604)

papa y doctor de la Iglesia

Morales sobre Job, XIV (SC 212. Morales sur Job, Cerf, 1974), trad. sc@evangelizo.org

La esperanza de nuestra resurrección

Por la muerte de la carne permanecemos en el polvo hasta el fin del mundo. Nuestro Redentor, el tercer día, liberado de la aridez de la muerte y en una fresca lozanía, muestra el poder de su divinidad resucitando en su propia carne. (...) Si es verdad que el cuerpo del Señor está vivo después de su muerte, para nuestros cuerpos es hasta el fin del mundo que es postergada la gloria de la Resurrección. Por eso Job tuvo el cuidado de marcar esa postergación diciendo “Porque yo sé que mi Redentor vive y que él, el último, se alzaré sobre la tierra. Y después... yo, con mi propia carne, veré a Dios” (Jb 19,25-26).

Tenemos la esperanza de nuestra resurrección, ya que estamos en presencia de la gloria de nuestra Cabeza. Que no digan -aún en su fuero interno- que si el Señor resucitó de la muerte es porque siendo Dios y Hombre en una sola y única persona, ha superado con su divinidad la muerte padecida en su humanidad. Y que nosotros, que somos solamente hombres, no podemos desprendernos de una condenación a muerte. Pero he aquí que los cuerpos de numerosos santos han también resucitado a su hora [según los Evangelios]. El Señor quiso mostrarnos en sí mismo la resurrección y nos presenta el ejemplo de seres semejantes a nosotros, por su naturaleza humana, para fortificarnos en la esperanza de la resurrección. Ante el don manifestado por el Hombre Dios en sí mismo, el hombre debía creer que la resurrección se podía producir en él y en otros de su misma naturaleza, puramente humana.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Viéndola, el señor fue preso de una gran compasión por ella. La compasión es un sentimiento que fascina, es un sentimiento del corazón, de las vísceras, compromete todo. No es lo mismo que decir ¡qué pena, pobre gente! La compasión implica “ir con”. Alguno podría objetar: Pero si tienes toda una multitud aquí, ¿por qué no hablas a la multitud? Déjalo... la vida es así... hay tragedias que suceden, ocurren... No. Para Jesús eran más importantes aquella viuda y aquel huérfano muerto que la multitud a la que estaba hablando y que lo seguía. El Señor, con su compasión, se había implicado en este caso. Tuvo compasión.

Hay una segunda palabra a notar: Jesús se acercó. La compasión lo empujó a acercarse. Acercarse es una señal de compasión. Yo puedo ver tantas cosas, pero no acercarme. Igual siento un dolor... pobre gente... Y sin embargo acercarse es otra cosa. El Evangelio añade un detalle: Jesús dijo no llores» a la mujer. A mí me gusta pensar que el Señor, cuando decía esto a aquella mujer, la acariciaba; Él tocó a la mujer y tocó el ataúd. Es necesario acercarse y tocar la realidad. Tocar. No mirarla desde lejos». *(Homilía de S.S. Francisco, 19 de abril de 2018, en santa Marta).*

Meditación

El Señor nos da una muestra de su humanidad, nos demuestra que también Él se conmueve. Otras traducciones, más que lástima, dicen que Jesús se compadeció de la mujer, no se quedó indiferente al sufrimiento que tenía. Jesús sabía la situación de aquella mujer, sabía perfectamente que ése era el único hijo de su ya difunto esposo, conocía la desgracia a la que estaba atada esta pobre mujer; ya no tenía esperanza. Jesús es quien se acerca a darle la fuerza y a devolverle la alegría.

El texto en latín traduciría que se movió de compasión por ella, tuvo misericordia de ella, desde el interior de su corazón. Dios mismo sale a comprobar, a vivir, a sufrir, a padecer y a gozar con nosotros; no es un Dios extraño que está a la expectativa de cualquier error que cometamos para castigarnos.

Dios es un Padre, un padre que se hace hombre para entendernos, para acompañarnos, para ser nuestro hermano en las fatigas, en las luchas, en los fracasos. Dios conoce y sabe perfectamente por qué lloro, qué pérdida he tenido. Todos y cada uno deberíamos ver que Dios está con nosotros, Él es quien cada mañana nos dice con una sonrisa: no llores.

¿Qué cosas aquejan mi corazón? ¿Cómo es que Jesús me dice hoy que no llore?

Oración final

Servid a Yahvé con alegría,
llegaos a él con júbilo!
Sabed que Yahvé es Dios,
él nos ha hecho y suyos somos,
su pueblo y el rebaño de sus pastos. (Sal 100,2-3)

Oración introductoria

Hazme dócil, Señor, a tu Palabra. Quiero escuchar la voz de tu Espíritu en mi espíritu, con apertura y generosidad. Guíame por el camino que conduce a ti, ilumina mi corazón para que pueda tomar las decisiones correctas en este día, para la construcción de tu Reino.

Petición

Jesús, te quiero, te pido que pueda gozarte en esta oración.

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios (1 Cor. 12, 31 13, 13)

Hermanos: Ambicionad los carismas mayores. Y aún os voy a mostrar un camino más excepcional. Si hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, pero no tengo amor, no sería más que un metal que resuena o un címbalo que aturde. Si tuviera el don de profecía y conociera todos los secretos y todo el saber; si tuviera fe como para mover montañas; pero no tengo amor, no sería nada. Si repartiera todos mis bienes entre los necesitados; si entregara mi cuerpo a las llamas, pero no tengo amor, de nada me serviría. El amor es paciente, es benigno; el amor no tiene envidia, no presume, no se engríe; no es indecoroso ni egoísta; no se irrita; no lleva cuentas del mal; no se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad. Todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor no pasa nunca. Las profecías, por el contrario, se acabarán; las lenguas cesarán; el conocimiento se acabará. Porque conocemos imperfectamente e imperfectamente profetizamos; más, cuando venga lo perfecto, lo

imperfecto se acabará. Cuando yo era niño, hablaba como un niño, sentía como un niño, razonaba como un niño. Cuando me hice un hombre, acabé con las cosas de niño. Ahora vemos como en un espejo, confusamente; entonces veremos cara a cara. Mi conocer es ahora limitado; entonces conoceré como he sido conocido por Dios. En una palabra, quedan estas tres: la fe, la esperanza y el amor. La más grande es el amor.

Salmo (Sal 32, 2-3. 4-5. 12 y 22)

Dichoso el pueblo que el Señor se escogió como heredad.

Dad gracias al Señor con la cítara, tocad en su honor el arpa de diez cuerdas; cantadle un cántico nuevo, acompañando los vítores con bordones. R.

La palabra del Señor es sincera, y todas sus acciones son leales; él ama la justicia y el derecho, y su misericordia llena la tierra. R.

Dichosa la nación cuyo Dios es el Señor, el pueblo que él se escogió como heredad. Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros, como lo esperamos de ti. R.

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc. 7, 31-35)

En aquel tiempo, dijo el Señor: «¿A quién, pues, compararé los hombres de esta generación? ¿A quién son semejantes? Se asemejan a unos niños, sentados en la plaza, que gritan a otros aquello de: “Hemos tocado la flauta y no habéis bailado, hemos entonado lamentaciones y no habéis llorado”. Porque vino Juan el Bautista, que ni come pan ni bebe vino, y decís: “Tiene un demonio”; vino el Hijo del hombre, que come y bebe, y decís: “Mirad qué hombre más

comilón y borracho, amigo de publicanos y pecadores”. Sin embargo, todos los hijos de la sabiduría le han dado la razón».

Releemos el evangelio

San Juan Pablo II (1920-2005)

papa

Carta encíclica "Dives in Misericordia", § 13 - Copyright © Libreria Editrice Vaticana

En la Iglesia Cristo nos llama a la conversión

La Iglesia vive una vida auténtica, cuando profesa y proclama la misericordia-el atributo más estupendo del Creador y del Redentor- y cuando acerca a los hombres a las fuentes de la misericordia del Salvador, de las que es depositaria y dispensadora. En este ámbito tiene un gran significado la meditación constante de la palabra de Dios, y sobre todo la participación consciente y madura en la Eucaristía y en el sacramento de la penitencia o reconciliación.

La Eucaristía nos acerca siempre a aquel amor que es más fuerte que la muerte (Ct 8,6): en efecto, «cada vez que comemos de este pan o bebemos de este cáliz», no sólo anunciamos la muerte del Redentor, sino que además proclamamos su resurrección, mientras esperamos su venida en la gloria (Cfr. 1 Cor 11, 26; aclamación en el «Misal Romano»). El mismo rito eucarístico, celebrado en memoria de quien en su misión mesiánica nos ha revelado al Padre, por medio de la palabra y de la cruz, atestigua el amor inagotable, en virtud del cual desea siempre El unirse e identificarse con nosotros, saliendo al encuentro de todos los corazones humanos.

Es el sacramento de la penitencia o reconciliación el que allana el camino (Lc 3,3; Is 40,3) a cada uno, incluso cuando se siente bajo el peso de grandes culpas. En este sacramento cada hombre puede

experimentar de manera singular la misericordia, es decir, el amor que es más fuerte que el pecado.

Palabras del Santo Padre Francisco

«El discernimiento requiere, por parte del acompañante y de la persona acompañada, una delicada sensibilidad espiritual, un ponerse de frente a sí mismo y de frente al otro “sine proprio”, con completo desapego de prejuicios y de intereses personales o de grupo. Además, es necesario recordar que en el discernimiento no se trata solamente de elegir entre el bien y el mal, sino entre el bien y el mejor, entre lo que es bueno y lo que lleva a la identificación con Cristo». *(Discurso de S.S. Francisco, 20 de enero de 2017).*

Meditación

Entre flautas y lamentaciones, Cristo tiene hoy un mensaje que abraza todas las generaciones. Nuestra vida cristiana requiere estar atentos a la voz de Dios y saber por dónde nos guía. Hay circunstancias para sacar la flauta y tocar y bailar; otros momentos, en cambio, requieren lamentaciones y llantos y luto. ¿Qué es lo mejor en cada momento? ¿Cómo saber qué quiere Dios?

El arte de descubrir la voz del Señor se llama discernimiento. En el camino nos encontramos un sinfín de encrucijadas, donde tenemos que escoger entre la derecha o la izquierda. Cada lado tiene sus ventajas y sus riesgos, y hagamos lo que hagamos, siempre habrá opiniones en contra y gente que se nos oponga. Por eso, una condición necesaria para ejercitarnos en el arte de discernir es la libertad de espíritu.

¿Qué significa ser libres de espíritu? Podemos imaginarnos una escena tal vez algo fantasiosa. Estamos volando en las alas del Espíritu

Santo. Y sentimos la tentación de ponerle riendas para controlar la dirección: la rienda del qué dirán los demás, de lo que a mí más me agrada, de un esquema prefabricado... Pero con el Espíritu Santo lo mejor es volar por donde Él quiera, bajo la sombra de sus alas, y no por encima de ellas. Él sabe mucho mejor que nosotros por dónde es mejor moverse; cuándo es el tiempo de la penitencia y cuándo de celebración, sin importar lo que digan los demás. Él es la sabiduría misma; los hijos de Dios saben que sólo Él tiene la razón.

Así, durante este día, coloquémonos bajo las alas del Espíritu Santo. Será necesario hacer un poco de espacio y silencio dentro del corazón. Él hablará. Pongámonos a la escucha de su voz y dejémonos guiar según sus indicaciones para el día de hoy.

Oración final

¡Feliz la nación cuyo Dios es Yahvé,
el pueblo que escogió para sí como heredad!
Yahvé observa de lo alto del cielo,
ve a todos los seres humanos. (Sal 33,12-13)

JUEVES, 19 DE SEPTIEMBRE DE 2024

Lo mejor de uno mismo

Oración introductoria

Señor, gracias por darme esta oportunidad. Gracias por contar con la vida, los motivos y el deseo de encontrarme contigo. Te pido que tu Espíritu inunde mi corazón. Amen.

Petición

Señor, ayúdame a reparar mis faltas con esta oración sincera y humilde.

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios (1 Cor. 15, 1-11)

Os recuerdo, hermanos, el Evangelio que os anuncié y que vosotros aceptasteis, en el que además estáis fundados, y que os está salvando, si os mantenéis en la palabra que os anunciamos; de lo contrario, creísteis en vano. Porque yo os transmití en primer lugar, lo que también yo recibí: que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras; y que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras; que se le apareció a Cefas y más tarde a los Doce; después se apareció a más de quinientos hermanos juntos, la mayoría de los cuales viven todavía, otros han muerto; después se apareció a Santiago, más tarde a todos los apóstoles; por último, como a un aborto, se me apareció también a mí. Porque yo soy el menor de los apóstoles y no soy digno de ser llamado apóstol, porque he perseguido a la Iglesia de Dios. Pero por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia para conmigo no se ha frustrado en mí. Antes bien, he trabajado más que todos ellos. Aunque no he sido yo, sino la gracia de Dios conmigo. Pues bien; tanto yo como ellos predicamos así y así lo creísteis vosotros.

Salmo (Sal 117, 1-2. 16ab-171. 28)

Dad gracias al Señor porque es bueno.

Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia. Diga la casa de Israel: eterna es su misericordia. R.

«La diestra del Señor es poderosa, la diestra del Señor es excelsa». No he de morir, viviré para contar las hazañas del Señor. R.

Tú eres mi Dios, te doy gracias; Dios mío, yo te ensalzo. R.

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc. 7, 36-50)

En aquel tiempo, un fariseo rogaba a Jesús que fuera a comer con él y, entrando en casa del fariseo, se recostó a la mesa. En esto, una mujer que había en la ciudad, una pecadora, al enterarse de que estaba comiendo en casa del fariseo, vino trayendo un frasco de alabastro lleno de perfume y, colocándose detrás junto a sus pies, llorando, se puso a regarle los pies con las lágrimas, se los enjugaba con los cabellos de su cabeza, los cubría de besos y se los ungía con el perfume. Al ver esto, el fariseo que lo había invitado se dijo: «Si este fuera profeta, sabría quién y qué clase de mujer es la que lo está tocando, pues es una pecadora». Jesús respondió y le dijo: «Simón, tengo algo que decirte». Él respondió: «Dímelo, maestro». Jesús le dijo: «Un prestamista tenía dos deudores; uno le debía quinientos denarios y el otro cincuenta. Como no tenían con qué pagar, los perdonó a los dos. ¿Cuál de los dos lo amaré más?». Respondió Simón y dijo: «Supongo que aquel a quien le perdonó más». Le dijo Jesús: «Has juzgado rectamente». Y, volviéndose a la mujer, dijo a Simón: «Han quedado perdonados tus pecados». «¿Ves a esta mujer? He entrado en tu casa y no me has dado agua para los pies; ella, en cambio, me ha regado los pies con sus lágrimas y me los ha enjugado con sus cabellos. Tú no me diste el beso de paz; ella, en cambio, desde que entré, no ha dejado de besarme los pies. Tú no me ungiste la cabeza con unguento; ella, en cambio, me ha ungido los pies con perfume. Por eso te digo: sus muchos pecados han quedado perdonados, porque ha amado mucho, pero al que poco se le perdona, ama poco». Y a ella le dijo: Los demás convidados empezaron a decir entre ellos:

«¿Quién es este, que hasta perdona pecados?». Pero él dijo a la mujer: «Tu fe te ha salvado, vete en paz».

Releemos el evangelio

Santa Faustina Kowalska (1905-1938)

religiosa

Pequeño diario (Petit journal, la Miséricorde divine dans mon âme, Parole et Dialogue, 2002)

¡Quiero responder eternamente a tu amor!

Mi Jesús, afirma las fuerzas de mi alma para que el enemigo nada gane. Sin Ti soy sólo debilidad, sin Tu gracia soy un abismo de miseria. La miseria es mi propiedad.

Oh herida de la Misericordia, Corazón de Jesús, escóndeme en Tu profundidad como una gota de Tu propia sangre y no me dejes salir por la eternidad. Enciérrame en Tus profundidades y enséñame tú mismo como amarte. Amor eterno, modela Tú mismo mi alma para que sea capaz d un amor recíproco por Ti. Oh amor vivo, hazme capaz de amarte siempre. Quiero responder eternamente a Tu amor con la reciprocidad. Oh Cristo, una sola de tus miradas me es más querida que millones de mundos, que el cielo entero.

Tú puedes, Señor, hacer que mi alma te comprenda en toda tu plenitud, tal como eres. Se y creo que puedes todo. Ya que has dignado darte a mí tan generosamente, se que puedes ser más generoso todavía. Hazme entrar en Tu intimidad tan lejos como pueda la naturaleza humana...

Palabras del Santo Padre Francisco

«Hay entonces dos actitudes muy diferentes entre sí: por una parte, la del hombre que ve y califica, juzga; y por otro la de la mujer que llora y hace cosas que parecen locuras, porque utiliza un perfume que es caro, es costoso. El Evangelio sí utiliza la palabra “unción” para significar que el perfume de la mujer unge: tiene la capacidad de ser una unción, al contrario de las palabras del fariseo que no llegan al corazón, no llegan a la realidad.

En medio a estas dos figuras tan antitéticas está Jesús, con su paciencia, su amor, su deseo de salvar a todos, que le lleva a explicar al fariseo qué significa eso que hace esta mujer y a reprocharle, si bien con humildad y ternura, por no haber tenido cortesía con Él. El Papa evidenció también que el Evangelio no dice cómo terminó la historia para este hombre, pero dice claramente cómo terminó para la mujer: “Tus pecados han quedado perdonados”». (*Homilía de S.S. Francisco, 18 de septiembre de 2014*).

Meditación

Este es un Evangelio adecuado para ver como el hombre y la mujer manifiestan distintas formas o sensibilidad al encontrarse con el Maestro. Siguiendo el orden, sería primero hablar de las damas. Cristo le da su tiempo para que llore, para que con su hermosa cabellera pudiera limpiar sus pies, los preparó para besarlos y colocar el contenido del frasco; siendo algo considerado de uso para ricos, la pecadora invirtió sus ganancias en algo que derramaría sobre los pies de un pobre de Nazaret.

Quizá se le hizo de noche, quizá limpió y perfumó los pies de Jesús durante el tiempo de comida y cena porque la mujer hizo todo un ritual en casa ajena. Nada fuera de lo normal para la experiencia

de muchas mujeres que tienen detalles con el Maestro. Es lo que muchas hacen hoy en la Iglesia con su creatividad, dedicación y muchos detalles de amor. Todavía hoy se siguen necesitando mujeres que decidan consagrarse a Dios en cuerpo y alma, pero pocas se atreven.

Por otra parte, vemos al hombre que no hace mucho. Lo que llama más la atención es como Dios pica el orgullo de su anfitrión. Sabiendo que el fariseo lleva rato siguiéndolo, aun así, le lanza unas indirectas. Con los hombres, en general, el Evangelio nos muestra que Cristo es algo rudo. Por eso, entre Cristo y el hombre, si se hace de trato difícil es porque educa de modo diverso.

En ambos casos, nos muestra que quiere sacar siempre lo mejor de nosotros mismos.

Oración final

Pues bueno es Yahvé y eterno su amor,
su lealtad perdura de edad en edad. (Sal 100,5)

VIERNES, 20 DE SEPTIEMBRE DE 2024

Santos Andrés Kim Taegon, presbítero, Pablo Chong Hasang, y compañeros mártires (MO)

El cristianismo es una persona

Oración introductoria

Gracias Señor por este momento que me permites para estar contigo. Tú conoces todas las cosas que llevo ahora en mi corazón y en mi mente. Lo que me preocupa, lo que me alegra, lo que me hace perder la paz. Pongo todo en tus manos especialmente durante este

momento que vamos a compartir en la oración. Creo que estás realmente aquí escuchándome. Creo, pero aumenta mi fe.

Confió en ti y en tu amor, pero ayúdame a abandonarme más a ti. Te amo Señor, pero sabes que mi corazón es pequeño. Ayúdame amarte más. Te ofrezco este momento por todos mis familiares y amigos y de manera especial te pido por aquellos que me han ofendido o herido.

Petición

Jesucristo, concédeme llenarme tanto de ti que pueda llevarte a todas las personas con las que me encuentre.

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios (1 Cor. 15,12-20)

Hermanos: Si se anuncia que Cristo ha resucitado de entre los muertos, ¿cómo dicen algunos de entre vosotros que no hay resurrección de muertos? Pues bien: si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo ha resucitado. Pero si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra predicación y vana también vuestra fe; más todavía: resultamos unos falsos testigos de Dios, porque hemos dado testimonio contra él, diciendo que ha resucitado a Cristo, a quien no ha resucitado... si es que los muertos no resucitan. Pues si los muertos no resucitan, tampoco Cristo ha resucitado; y, si Cristo no ha resucitado, vuestra fe no tiene sentido, seguís estando en vuestros pecados; de modo que incluso los que murieron en Cristo han perecido. Si hemos puesto nuestra esperanza en Cristo solo en esta vida, somos los más desgraciados de toda la humanidad. Pero Cristo ha resucitado de entre los muertos y es primicia de los que han muerto.

Salmo (Sal 16. 1bcde. 6-7. 8 y 15)

Al despertar me saciaré de tu semblante, Señor.

Señor, escucha mi apelación, atiende a mis clamores, presta oído a mi súplica, que en mis labios no hay engaño. R.

Yo te invoco porque tú me respondes, Dios mío; inclina el oído y escucha mis palabras. Muestra las maravillas de tu misericordia, tú que salvas de los adversarios a quien se refugia a tu derecha. R.

Guárdame como a las niñas de tus ojos, a la sombra de tus alas escóndeme. Yo con mi apelación vengo a tu presencia, y al despertar me saciaré de tu semblante. R.

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc. 8, 1-3)

En aquel tiempo, Jesús iba caminando de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo, proclamando y anunciando la Buena Noticia del reino de Dios, acompañado por los Doce y por algunas mujeres, que habían sido curadas de espíritus malos y de enfermedades: María la Magdalena, de la que habían salido siete demonios; Juana, mujer de Cusa, un administrador de Herodes; Susana y otras muchas que les servían con sus bienes.

Releemos el evangelio

San Juan Pablo II (1920-2005)

papa

Mulieris Dignitatem, § 16

«Los doce estaban con Él, y también las mujeres»

El hecho de ser hombre o mujer no comporta ninguna restricción en lo que concierne a la misión, de la misma manera que la acción salvífica y santificante del Espíritu en el hombre no está limitada por el hecho de ser judío o griego, esclavo o libre, según nos viene expresado en las palabras bien conocidas del apóstol Pablo: «Porque todos no formáis más que uno en Cristo Jesús» (Gal 3,28).

Esta unidad no suprime las diferencias. El Espíritu, que hace realidad esta unidad en el orden sobrenatural de la gracia santificante, contribuye, en la misma medida, al hecho de que «vuestros hijos e hijas profetizarán» (Jl 3,1). Profetizar significa expresar, a través de la palabra y la vida «las maravillas de Dios» (Hch 2,11), salvaguardando la verdad y la originalidad de cada persona, sea hombre o mujer. La igualdad evangélica, la paridad del hombre y la mujer frente a las maravillas de Dios, tal como nos ha sido manifestada con total claridad en las obras y las palabras de Jesús de Nazaret, constituye el fundamento más evidente de la dignidad y la vocación de la mujer en la Iglesia y en el mundo. Toda vocación tiene un sentido profundamente personal y profético. En la vocación así comprendida, la personalidad de la mujer encuentra una dimensión del todo nueva: es la dimensión de las «maravillas de Dios» de las cuales la mujer es sujeto viviente y testimonio irremplazable.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Es indudable que debemos hacer mucho más en favor de la mujer, si queremos volver a dar más fuerza a la reciprocidad entre hombres y mujeres. Es necesario, en efecto, que la mujer no sólo sea más escuchada, sino que su voz tenga un peso real, una autoridad reconocida, en la sociedad y en la Iglesia. El modo mismo con el que Jesús consideró a la mujer en un contexto menos favorable que el nuestro, porque en esos tiempos la mujer estaba precisamente en segundo lugar, y Jesús la trató de una forma que da una luz potente, que ilumina una senda que conduce lejos, de la cual hemos recorrido sólo un trocito. No hemos comprendido aún en profundidad cuáles son las cosas que nos puede dar el genio femenino, las cosas que la mujer puede dar a la sociedad y también a nosotros: la mujer sabe ver las cosas con otros ojos que completan el pensamiento de los hombres. Es un camino por recorrer con más creatividad y audacia». *(Catequesis de S.S. Francisco, 15 de abril de 2015).*

Meditación

En una entrevista a Santa Teresa de Calcuta, el entrevistador al ver la situación de los enfermos y el cariño y ternura con que la Madre Teresa los cuidaba, le comentó a la santa: “Yo no haría eso por un millón de dólares” y ella le respondió “Por un millón de dólares tampoco lo haría yo”.

Hoy encontramos en el Evangelio, a algunas mujeres que seguían de Cristo de cerca: “Entre ellas iban María, llamada Magdalena, de la que habían salido siete demonios; Juana, mujer de Cusa, administradora de Herodes; Susana y otras muchas”. Le seguían por ciudades y poblados. Le seguían con las incomodidades de ir acampando de una ciudad a otra, sin la seguridad de una casa, lejos

de sus familias, sin un plan fijo ni un itinerario marcado... vivían en una constante incertidumbre.

Al igual que a esas mujeres, igual que a Madre Teresa; Cristo hoy nos invita. Nos invita a acompañarle en adoración, acompañarle en la Eucaristía dominical, a vivir luchando contra nuestro pecado, a ayudar a mi amigo y a mi enemigo, a perdonar de corazón, a tener un poco más de paciencia, a ser honesto en mi trabajo, a ser coherente en mi vida. Al escuchar todo esto, podría surgirnos un comentario como el del entrevistador de Madre Teresa: “Yo no haría eso por un millón de dólares”.

¿Qué era lo que hacía que Madre Teresa se entregara a los más pobres de los pobres con tanto cariño? ¿Por qué la esposa del administrador de un rey dejaría sus comodidades para ir a vivir peregrinando de pueblo en pueblo entre pescadores y pecadores públicos?

La respuesta es Cristo. Esas mujeres encontraron a Cristo. Encontraron una persona. Encontraron a la persona que valía más que un millón de dólares, más que una casa, más que las comodidades de una vida llena de certezas humanas y materiales. Encontraron a Cristo. Encontraron a Aquel que daba sentido a sus vidas y harían todo por no dejarlo ir.

El cristianismo es Cristo. No es solo mandamientos, prohibiciones, advertencias, sermones... el cristianismo es mi relación con Cristo. Todo lo demás son medios que me ayudan a mantener y crecer en esa relación.

La buena noticia es que hoy, aquí, orando, nos podemos encontrar con Cristo. Aquí, ahora podemos conocerle más. Hoy Cristo quiere que le conozcamos.

Oración final

Sondéame, oh, Dios, conoce mi corazón,
examíname, conoce mis desvelos.
Que mi camino no acabe mal,
guíame por el camino eterno. (Sal 139,23-24)

SÁBADO, 21 DE SEPTIEMBRE DE 2024
SAN MATEO, APÓSTOL Y EVANGELISTA (F)
Misericordia quiero

Oración introductoria

Padre, gracias por este momento para estar contigo. Ayúdame a experimentar tu misericordia y tu amor por mí. Te entrego todos mis miedos e inseguridades porque confío que me amas. Ayúdame en estos minutos a no distraerme tanto con todo lo que tengo que hacer hoy. Pongo todo en tus manos. ¡Ven Espíritu Santo! Ayúdame a encontrarme con Jesús a través del Evangelio. ¡Jesús en ti confío!

Petición

Señor, haz que mi vida diaria refleje que la caridad es algo esencial para el cristiano.

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Efesios (Ef. 4, 1-7. 11-13)

Hermanos: Yo, el prisionero por el Señor, os ruego que andéis como pide la vocación a la que habéis sido convocados. Sed siempre humildes y amables, sed comprensivos, sobrellevaos mutuamente con

amor; esforzaos en mantener la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz. Un solo cuerpo y un solo Espíritu, como una sola es la esperanza de la vocación a la que habéis sido convocados. Un Señor, una fe, un bautismo. Un Dios, Padre de todo, que está sobre todos, actúa por medio de todos y ésta en todos. A cada uno de nosotros se le ha dado la gracia según la medida del don de Cristo. Y él ha constituido a unos, apóstoles, a otros, profetas, a otros, evangelizadores, a otros, pastores y doctores, para el perfeccionamiento de los santos, en función de su ministerio, y para la edificación del cuerpo de Cristo; hasta que lleguemos todos a la unidad en la fe y en el conocimiento del Hijo de Dios, al Hombre perfecto, a la medida de Cristo en su plenitud.

Salmo (Sal 18, 2-3. 4-5b)

A toda la tierra alcanza su pregón.

El cielo proclama la gloria de Dios, el firmamento pregona la obra de sus manos: el día al día le pasa el mensaje, la noche a la noche se lo susurra. R.

Sin que hablen, sin que pronuncien, sin que resuene su voz, a toda la tierra alcanza su pregón y hasta los límites del orbe su lenguaje. R.

Lectura del santo Evangelio según san Mateo (Mt. 9, 9-13)

En aquel tiempo, al pasar vio Jesús a un hombre llamado Mateo sentado al mostrador de los impuestos, y le dijo: «Sígueme». Él se levantó y lo siguió. Y estando en la casa, sentado en la mesa, muchos publicanos y pecadores, que habían acudido, se sentaban con Jesús y sus discípulos. Los fariseos, al verlo, preguntaron a los discípulos: «¿Cómo es que vuestro maestro come con publicanos y pecadores?». Jesús lo oyó y dijo: «No tienen necesidad de médico los sanos, sino

los enfermos. Andad, aprended lo que significa “Misericordia quiero y no sacrificio”: que no he venido a llamar a justos, sino a los pecadores».

Releemos el evangelio

San Juan María Vianney (1786-1859)

presbítero, párroco de Ars

Sermón para el 2º Domingo de Pascua (Sermons de Saint Jean Baptiste Marie Vianney, Curé d'Ars, II, Ste Jeanne d'Arc, 1982), trad. sc@evangelizo.org

Perseverar en la gracia de conversión

El primer medio de perseverar en el camino que conduce al cielo es ser fiel a seguir y beneficiarse de los movimientos de la gracia que Dios quiere acordarnos. Todos los santos obtienen su felicidad al seguir los movimientos del Espíritu Santo. Los damnificados sólo pueden atribuir su desdicha al desprecio que hicieron de la gracia. Eso es suficiente para hacer sentir a ustedes el valor y la necesidad del ser fieles.

Me dirán ustedes ¿cómo y con que medios podemos saber que correspondemos a la gracia o que la resistimos? Si no lo saben, escúchenme un instante, conocerán lo más esencial. Digo primero que la gracia es un pensamiento que nos hace sentir la necesidad de evitar el mal y hacer el bien. (...) Los santos son santificados por su gran atención para seguir todas las buenas inspiraciones que el Buen Dios les envía. Los damnificados, cayeron en infierno porque las han despreciado. (...)

Vemos en el Evangelio que todas las conversiones que Jesucristo operó durante su vida se apoyaron sobre la perseverancia. ¿Cómo fue convertido san Mateo? Sabemos que cuando Jesucristo le dijo de seguirlo, lo siguió. Pero lo que nos asegura que su conversión fue

verdadera, es que no entró más en su escritorio y nunca más cometió injusticias. Porque después de comenzar a seguir a Jesucristo, nunca más lo dejó. Ser perseverante en la gracia, renunciar para siempre al pecado, fueron las marcas ciertas de su conversión.

Palabras del Santo Padre Francisco

«La misericordia puede curar las heridas y puede cambiar la historia. ¡Abre tu corazón a la misericordia! La misericordia divina es más fuerte que el pecado de los hombres. ¡Es más fuerte, este es el ejemplo de Ajab! Nosotros conocemos el poder, cuando recordamos la venida del Hijo inocente de Dios que se hizo hombre con el fin de destruir el mal con su perdón. Jesucristo es el verdadero rey, pero su poder es completamente diferente. Su trono es la cruz. Él no es un rey que mata, sino que por el contrario da la vida. Su ir hacia todos, especialmente a los más débiles, derrota la soledad y el destino de muerte al que conduce el pecado. Jesucristo con su cercanía y ternura lleva a los pecadores en el espacio de la gracia y el perdón. Y esta es la misericordia de Dios» (*Catequesis de S.S. Francisco, 24 de febrero de 2016*).

Meditación

“*Miserando atque eligendo*” es el lema del escudo del Papa Francisco, que fue dicho por un santo, llamado Beda el Venerable, en una de sus homilías, en referencia al momento en que Jesús llamó a Mateo. “Jesús vio al publicano, y como le miró *escogiendolo con misericordia*, le dijo: Sígueme”. Jesús nos ve siempre con misericordia, y su mirada es siempre una elección de amor; hecha por amor y que nos llama a amar. Mirar a Jesús a los ojos implica experimentar su amor, su misericordia, porque es así como nos ve. Y con su mirada nos escoge; nos llama a ser misericordiosos. Su mirada misericordiosa nos impulsa a salir de nosotros e ir al encuentro de los demás con misericordia.

Los fariseos del Evangelio no veían con misericordia a los demás porque se creían ya unos santos por cumplir muchas reglas. Cumplir con las reglas es algo bueno, pero el gran peligro es creer que eres mejor que los demás por las cosas que haces. Los pobres fariseos no se creían débiles. Confiaban demasiado en sus fuerzas y por eso no se dejaban ver por Jesús. Tenían el corazón cerrado porque no buscaban ayuda. ¡Que peligro tener el corazón cerrado por confiar demasiado en nuestras fuerzas!

San Ireneo dijo: “La gloria de Dios es la vida del hombre, y la vida del hombre es ver a Dios”. Es mirando a Jesús que experimentamos la mirada misericordiosa que nos escoge; que nos llama a la vida, a ser plenos, a ser misericordiosos.

Es en la práctica de la misericordia que encontramos la plenitud; el sentido de nuestra vida. Pero para ser misericordiosos necesitamos la gracia de Dios; experimentar su misericordia, y para esto necesitamos reconocernos débiles, pecadores, necesitados de El Doctor.

Miremos a los ojos de Jesús que están llenos de misericordia y vivamos a plenitud siendo misericordiosos. *«Miserando atque eligendo»* (Lema del Papa Francisco).

Oración final

Señor, dichosos los que guardan sus preceptos,
los que lo buscan de todo corazón;
los que, sin cometer iniquidad,
andan por sus caminos. (Sal 119,2-3)